

canónico diciendo que es el «que *deben* contraer *todos* los que profesan la Religión Católica», natural era que los comentarios tampoco fueran cosa fina.

¿Qué persona de entendimiento se iba á entretener en comentar tonterías y absurdos?

Tal para cual.

XXI

Apeo literario.

Casi siempre los escritores que han alcanzado gran celebridad han tenido en trueque la desgracia de que el vulgo indocto les cuelgue milagros que no hicieron ni pensaron hacer en su vida.

El más desgraciado por esta parte ha sido, entre nosotros, Quevedo, á quien no hay desvergüenza ni procacidad que la común majadería no le atribuya. ¡A él, que era tan caballero y tan cristiano!

Después de Quevedo y muy cerca de él sigue Espronceda en esa escala de infortunio, siendo de notar que al poeta extremeño no se ha contentado la ignorancia con atribuirle de viva voz las tonterías y las barbaridades como al ilustre recluso de León, sino que se ha atrevido á imprimírselas. Es decir, que los falsos testimonios y las injurias contra

Espronceda los ha levantado y proferido el vulgo iliterario por escrito y con publicidad, según se dice en la jerga criminal corriente, y valiéndose de la imprenta, lo cual hace la ofensa mucho más grave.

Por ahí anda un libro impreso en esta Corte, ya de segunda vez, en 1882, con el título de *Páginas olvidadas de Espronceda*, libro del que hace poco me ha caído un ejemplar entre las manos, y he visto en él no pocas páginas que así son de Espronceda como mías.

No hablemos de la *Desesperación* famosa, que no hay hortera presumido, ni militar de poca graduación, ni estudiante desaplicado que no se haya aprendido de memoria, para prorrumpir á lo mejor en tono terrorífico:

«Me gusta ver el cielo
con negros nubarrones...»

No hay que hablar tampoco de otras porquerías que, con el nombre del gran poeta, salieron hace años de una llamada *Imprenta mitológica* que se suponía establecida en el *Olimpo*. La versión poco más que tabernaria que atribuye esas cosas al insigne y malogrado autor del *Canto á Teresa*, del *Himno al sol* y de la *Elegía á la Patria*, no merece refutación seria.

Pero hay otros errores que la merecen y la necesitan.

Por ejemplo:

En el mencionado libro de las *Páginas olvidadas de Espronceda* se lee, en la 24, lo siguiente:

«A...

MADRIGAL

«Son tus labios un rubí
Partido por gala en dos,
Arrancado para ti
De la corona de un Dios.»

Bueno; pues ni Espronceda escribió ni se acordó de escribir nunca semejante *madrigal*, ni esa cuarteta es suya, sino de Zorrilla.

En el primer tomo de poesías que publicó Zorrilla aquí en Madrid, hacia fines del año de 1837, ocho ó nueve meses después de haberse dado á conocer al público en el entierro de Larra, hay una composición, la séptima del tomo, titulada *Oriental*, que empieza:

«Dueña de la negra toca,
La del morado monjil...»

La sexta estrofa de esta composición es el supuesto *madrigal* de Espronceda, sin haber hecho en ella más que dos ligerísimas va-

riantes, las de decir «son tus labios» en lugar de «tus labios son» y «arrancado» en lugar de «le arrancaron», pues la estrofa original dice:

«Tus labios son un rubí
Partido por gala en dos;
Le arrancaron para tí
De la corona de un Dios.»

Íntegra fué reproducida la *oriental* mencionada, con esta cuarteta, en el tomo I de las *Obras de D. José Zorrilla*, impresas en París, en casa de Baudry, en 1847, y otra vez en 1852, á vista del autor, que corrigió, según él mismo afirma, esta segunda edición de sus obras completas, donde cualquiera puede leerla y quedar convencido.

De lo que no se convencerá nadie fácilmente, porque el caso parece increíble, es de que personas que presumen de tener cultura literaria, y que por su cargo deben tenerla, hayan leído tan poco ó con atención tan escasa como se necesita para dejar correr y aun apadrinar eso de que una cuarteta indubitada de Zorrilla sea un *madrigal* de Espronceda.

Lo digo porque el precitado libro de las páginas olvidadas, publicado por vez primera en 1873, lleva un prólogo del colector, suscrito con iniciales que corresponden al

nombre y apellido de D. Gumersindo Laverde, catedrático que fué de Instituto.

Verdad es que otros catedráticos de Instituto y aun de Universidad han atribuído á Zorrilla en manuales de retórica versos del venezolano García de Quevedo, que se parecen á los de Zorrilla como al huevo la castaña. Y no digo como el huevo á la castaña, que es la frase popular, porque entonces parecería que la castaña eran los versos del poeta valisoletano, y es al revés, que la castaña son los del de Venezuela.

Volviendo á lo del *madrigal*, no cabe suponer que siendo de Espronceda la cuarteta la incluyera Zorrilla en su composición, porque en este caso, muy inverosímil, pues ninguna necesidad tenía de aprovechar versos ajenos quien tan afluente era y tanta facilidad tenía de hacerlos hermosísimos, la hubiera puesto en letra bastardilla y hubiera indicado su procedencia. Menos todavía cabe la suposición de que Zorrilla quisiera de mala fe apropiarse una cuarteta de Espronceda, su amigo del alma, que estaba en Madrid al publicarse aquel primer tomo de sus versos.

Nada: no cabe suponer sino que algún pisa-verde ignorante recitó en alguna tertulia cursi la cuarteta de Zorrilla atribuyéndosela á Espronceda, y algún erudito á la violeta

que la oyó recitar la recogió por de Espronceda, la bautizó de *madrigal* y la dió á la estampa.

Hay que convenir en que con esta imposura no iba Espronceda perdiendo gran cosa. Pero de todos modos, conste que es una impostura, que no hay tal *madrigal* de Espronceda.

Y vamos á otra menos inofensiva.

En el mismo libro de las páginas olvidadas ocupa las 171 y siguientes hasta la 177 una composición que lleva el título de *Arrepentimiento*, y el subtítulo de *A mi madre*, composición que á vuelta de algunos escrúpulos se le atribuye también á Espronceda.

Tampoco es suya.

Llena como está de prosaismos y de giros pedestres, no se necesita para negarla tan gloriosa paternidad más que leerla.

«Triste es la vida cuando piensa el alma,
Triste es vivir si siente el corazón;
Nunca se goza de ventura y calma
Si se piensa del mundo en la ficción.»

«No hay que buscar del mundo los placeres,
Pues que ninguno hay en realidad...»

«Pero yo te abandoné;
Por seguir la juventud
En el mundo me interné...»

«Si, madre, yo no creí
Que fuese cierto tu aviso...»

Porque es triste vivir si piensa el alma
Y mucho más si siente el corazón...»

¿Quién podría creer que esos versos, con ese *me interné* desolador y con todos esos prosaismos, eran hermanos, ni parientes siquiera, de estos otros?

«¡Ah! de tu luz, en tanto yo viviere,
Quedará un rayo en mí, blanco lucero
Que iluminaste con tu luz querida
La dorada mañana de mi vida.»

No; no podía ser de Espronceda ese pecaminoso *arrepentimiento*. Semejante suposición, aunque no hubiera datos seguros en contrario, debía ser rechazada *à priori* por imposible.

Pero además, yo sé ciertamente que esa composición no es de Espronceda, porque es de otro escritor bien conocido que la publicó reunida con otras en colección que lleva su nombre. Esa composición es de D. Juan Rico y Amat, el autor de la *Historia política y parlamentaria de España*.

Alla por los años de 1866 al 1868, siendo yo estudiante, á la vuelta de una cacería del monte de Val-de-Rodezno, perteneciente al condado de Luna, que poseía entonces Doña Bernardina Fernández de Velasco, duquesa de Uceda, pedí en Vegas del Condado al ilustrado farmacéutico de aquella villa D. Francisco Mancebo un libro para leer por la noche, y me dió uno, cuya portada decía: «*Poesías serias y satíricas de D. Juan Rico y Amat*, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.—Madrid, imprenta de Repullés, 1842.» En aquel libro leí por primera vez ese *Arrepentimiento*.

Ocho ó diez años después volví á encontrar en un Almanaque la misma composición atribuída ya á Espronceda bajo la fe de este libro de las *páginas olvidadas*, que reprodujo las paparruchas de la *Imprenta mitológica* con imperdonable ligereza; y como recordaba perfectamente haber leído aquellos versos entre los de Rico y Amat, me quedé como quien ve visiones. No sabía qué admirar más, si la desvergüenza del inventor de la patraña, ó la candidez de los que la aceptaban y contribuían á extenderla.

Porque quiero suponer que el libro de *Poesías serias y satíricas* de Rico y Amat, del que en estos días he visto otro ejemplar

en la librería de D. Victoriano Suárez, quiero suponer que dicho libro, impreso precisamente en el mismo año en que murió Espronceda, sin ser entonces muy leído, quedara pronto olvidado y se hiciera raro. Pero los que se meten á desenterrar *páginas olvidadas* de autores insignes, deben haber leído mucho, hasta lo más olvidado y lo más raro.

Sin mucha lectura, y no teniendo tampoco el suficiente discernimiento para conocer cuáles obras pueden ser de un autor determinado y cuáles no pueden serlo, corren gran peligro de ser engañados y engañar á su vez á otros admitiendo y patrocinando imposturas como estas del *madrigal* y del *Arrepentimiento*.

FIN

PROTESTA

Si alguna cosa apareciere en este libro
contraria á la fe católica ó á las buenas cos-
tumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I. — Música ratonera	5
II. — Engaño manifiesto	21
III. — Erre que erre	29
IV. — El baile del oso	39
V. — Academiquerías	49
VI. — El Album de Mondáriz	57
VII. — Sigue el Album	69
VIII. — Cosas de Doña Emilia	84
IX. — Literatura hispano-americana	109
X. — El mismo asunto	125
XI. — Monstruosidades	145
XII. — Una revista literaria	169
XIII. — Se salvó el país	187
XIV. — Carta sin sobre	195
XV. — Cantos rodados	207
XVI. — Banquetes postales	219
XVII. — ¿Para qué sirve el latín?	229
XVIII. — Des-trozo poético	239
XIX. — Noticias	243
XX. — ¡Ya escampa!	261
XXI. — Apeo literario	277

*Se acabó de imprimir este
libro en Madrid, en el
Asilo del Sagrado
Corazón de Je-
sús, el 18 de
Julio de
1899.*

